

El ocaso del dragón

Radomir Sevillano

<http://www.telefonica.net/web/ideasmuertas>

Parte I

Bosque

Una ciudad, en el corazón de Europa, cercana a un hermoso bosque. Un niño camina desde el colegio, con una chica. Siempre vuelven juntos. Están entrando en la adolescencia y sobre todo ella, está cambiando mucho en su forma de pensar.

Caminan en silencio. Para variar, él ha sufrido otra humillación en el colegio. Es el típico bicho raro que vive en un mundo de fantasía. Los chicos, para hacerse los machotes le maltratan. Las chicas, muchas veces son cómplices e instigadoras con sus risas y encantos.

Le han puesto un collar de perro para reírse de él. No se lo ha quitado. Durante mucho tiempo no lo hará.

Él sufre en silencio, pasa de todo. Hace como si no existieran. No responde y eso a su amiga le fastidia. Quisiera que él se encarara con ellos, que demostrara que tiene amor propio. Pareciera que ella se avergüence de él. Nadie sabe bien por qué es su amiga. Quizás porque ella misma es un poco rara, o porque también la rechazan.

Se despiden. Está enfadada con él y cuando le dice algo, parece no hacerle ningún caso. Él se va al bosque, dónde pasa la mayor parte de su tiempo. Casi nadie se atreve a entrar en él. Es muy angosto y circulan sobre él diversas leyendas. Sólo él parece no sentirse perturbado al penetrarlo.

Se va adentrando en lo más profundo. Está triste, muy triste. No consigue que le acepten tal y como es. Aunque no refleje un solo sentimiento, al bosque no le puede mentir. Se sienta entre las raíces de un viejo árbol, que le envuelven y abrazan. Hace frío, pero él no lo siente. Hay viento, pero a él no le importa. Escucha el transcurrir del riachuelo, el mesarse de las ramas. Siente el palpitar del bosque como un todo único y se regocija en ello.

De repente, oye una música mezclada con el viento. Le es familiar y va tras ella. Sobre una roca, llena de musgo, se encuentra de rodillas una muchacha completamente desnuda. Su cabello es negro y cae cubriéndole completamente el cuerpo, sus ojos grandes e intensamente azules. Está tocando con la flauta, una melodía preciosa que hace que todo el bosque se quede en silencio a su alrededor. Pareciera que hasta el viento dejara de mover las ramas para que todos los seres puedan disfrutar de la dulce canción.

Él se sienta al pie de la roca, ella le mira fijamente sin dejar de tocar. En sus ojos hay ternura y comprensión. O quizás un brillo de inteligencia y complicidad. Puede que algo de picardía. Difícil es entender la mirada de una mujer (más aún de un hada). Termina de tocar la flauta y se alza. Pálido es su hermoso cuerpo que no se inmuta ante el frío. Le coge de la mano y avanzan por el bosque. Ella canta, con voz dulce. Él camina con ella en silencio, con total naturalidad.

Llegan a un pequeño hueco en el bosque, donde se prende una débil hoguera. Alrededor, hay sentados varios duendes con sus pipas. La muchacha desaparece, aunque él sabe que está cerca. Se sienta con ellos.

- Son malos, ¿verdad? - dice el más anciano de los duendes
 - Sí, lo son - responde el chico
 - Tú no perteneces a ese mundo. Sino a este. Comprendes la naturaleza del bosque, el lenguaje de los pájaros, es aquí dónde te corresponde estar.
 - Pero allí es dónde nació, dónde está la gente que me quiere.
- El anciano duende se resigna. No quiere discutir. Cambia de tema.
- Hace mucho tiempo, vivió por aquí cerca un poderoso rey.
- El muchacho calla, sabe que llega una historia y ha de escuchar.
- No aceptó el lugar que parecía tenerle preparado el destino, al ser el más débil, el más joven de cinco hermanos y el más despreciado por su aspecto. Se enamoró de la mujer más deseada y sacrificó

todo lo que se puso en su camino para conquistarla. Destruyó su vida, la de ella y la de miles de seres humanos más.

Su espíritu campa por estos bosques. Quizás debieras ir en su búsqueda y hablar con él.

No dudó, se levantó y se internó en el bosque a solas en busca del espíritu maldito. Sabía como encontrarle, no era la primera vez que hablaba con espíritus. Sólo tenía que visualizar con fuerza la historia contada por el duende. El bosque le daría respuesta.

Mientras avanzaba, notó que los árboles cambiaban de forma. A su alrededor, parecían mostrarse vidrieras de intensos colores, mientras una música de órgano sonaba tenuemente. El espíritu le había encontrado. Pero no apareció sólo, sino con una dama, de gran hermosura.

El muchacho se quedó confuso, pensando en que había conseguido lo que quería en la muerte. El rey tenía un aspecto algo deforme y contrastaba con la radiante belleza de ella. Sin embargo, en sus ojos había fuego, mucho más que en las miradas vacías de casi todas las personas de su entorno.

Sintió una repentina admiración hacia ese hombre y notó que estaba ante un gigante. Y de repente, habló con tenebrosa voz, mientras su esposa le miraba fijamente.

- No te dejes manipular por los duendes. Ellos solo aplican su sabiduría para intereses mezquinos. Sigue tu corazón.

- Ellos me han enviado a ti.

- Porque esperaban que encontraras al rey acabado que yo quiero reflejarles. Pero ante ti, quería mostrarte algo distinto.

- ¿Por qué? ¿Acaso tu vida no fue desgraciada?

- Lo fue.

- ¿Entonces?

- También fue plena

- ¿Cómo pueden ser ambas cosas?

- Porque la vida se alimenta de sueños, de utopías por las que se lucha. No por los logros ni por compararse con otros. Es en la lucha, en la búsqueda de un camino distinto al que nos han marcado, donde radica la auténtica felicidad, aunque siempre sea un sueño imposible.

- ¿Por qué imposible? ¿Acaso no has conseguido a la mujer que amabas?

- Pero a un precio muy alto y eso siempre se paga. Traicioné mi conciencia y mi honor, mentí, asesiné y luego, no contento con ello, apliqué buena parte de esa crueldad con mi esposa en un constante círculo de destrucción.

- ¿Y por qué esta ella contigo ahora?

- Porque me ama

- ¿Cómo puede amarte si tanto daño le hiciste?

- Porque ambos nos amamos, como amamos todo lo que es nocivo para nosotros, todo lo que es imposible o que requiere un precio demasiado alto. Y sobre todo, porque ambos entendimos el valor del sacrificio.

- ¿El amor es sacrificio?

- Normalmente sí.

- ¿Por qué me ayudas?

- Porque he de expiar mis pecados. Porque amarla a ella, me hizo intentar amar a los demás. Para alejarme del infierno.

- ¿Acaso existe el infierno?

- Principalmente en el corazón de toda persona

- ¿por qué he de dejar de lado a los duendes? Siempre han sido mis fieles amigos y consejeros.

- Las decisiones las has de tomar sólo. Una vez tengas la plena conciencia de tu soledad y no dependas de nadie para sentirte mejor, para obtener consuelo o escapar de tus pensamientos, estarás suficientemente lúcido para elegir. Sólo entonces.

- Gracias majestad.

La pareja se fue diluyendo en las sombras, desaparecieron las vidrieras, la música del órgano y el muchacho se quedó sólo entre los árboles mientras el viento soplaba y el sonido de las ramas le recordaban su completa soledad.

Parte II

La batalla

Volvió a casa. Su familia estaba acostumbrada a que volviera tarde del bosque. Parecía no importarle ya que se perdiera por ahí. Se avergonzaban de ese hijo raro, del que todos se reían en el vecindario. De alguna forma, le consideraban un caso perdido y preferían no pensar en ello ni tener más discusiones con él.

Al día siguiente, en el colegio, volvieron a vejarle. Pero esta vez, no quiso pasar de todo. No buscó pensar en su bosque en dónde era feliz con su muchacha y sus duendes. Su amiga estaba mirando, todos estaban mirando.

Estaba en el suelo, con lágrimas en los ojos, la boca llena de arena. Se levantó, pareciendo una vez más un derrotado. Se acercó fingiendo torpeza ante uno de sus agresores, que no paraba de reír. Todo con movimientos lentos, como si estuviera tan mal como para no hacer nada violento.

Pero cuando estaba realmente cerca de uno, apoyando su mano en el hombro de este, como para intentar levantarse, le golpeó violentamente en la entrepierna. Su rival cayó como un tronco con un gran grito, pero no le dio tiempo. Le dio un fuerte pisotón en la cara, haciendo que la nariz le sangrara para automáticamente, meterle un buen puñado de arena en la boca.

Daba una impresión horrible ver ese rostro con sangre, escupiendo arena y los demás se amedrentaron y corrieron pensando que estaba loco.

Pensó en el Rey de vida desdichada, de conciencia intranquila, pero que había creado un imperio con el solo objetivo de ganarse un corazón.

Mientras ese infeliz sufría bajo sus pies, pensó en un ejército que le aclamaba, en una ciudad sometida y en una princesa rendida a sus pies. Le puso el collar de perro que durante tiempo llevara, simbolizando su dominio y triunfo.

Volvió con los duendes. Aún no estaba preparado para la soledad que le sugirió el Rey. Estaban riendo. La muchacha también estaba con ellos y miró al joven con picardía al verle llegar.

Así, como si tal cosa, el anciano duende contó una pequeña leyenda.

- Tenemos una misión para ti. Hoy es San Juan y crece sólo este día una planta muy especial.

- ¿Qué planta?

- La que permite a un hombre enamorado, raptar a la mujer deseada y forzar a los padres que se oponen a permitir el matrimonio.

- No la necesito

- Deja que sea el Consejo Duende el que decida eso. Te permitirá liberarte de tu mundo. Podrás poseer al hada para siempre. Sereis felices aquí.

- ¿Pero y si ella no quiere?

- Es lo que te concederá la planta.

- Poco vale que esté conmigo si lo hace sin voluntad. - aunque el hada escuchaba y parecía no importarle. Es más ,le miró con una sonrisa.

- Si desobedeces al consejo, te quedarás sólo. Y perderás el único apoyo que has tenido estos años - dijo con rotundidad el viejo duende

- En tal caso me quedaré sólo.

Volvió a casa. Parecía que las circunstancias y sus principios habían tomado la difícil decisión por él. Había demostrado mucha dignidad ante ellos, pero las lágrimas se le saltaban de los ojos. Perdía casi todo lo que tenía.

Quedó con su amiga. Parecía asustada.

- ¿Qué te pasa? - preguntó él

- Lo que pasó el otro día... todos te tomaron por loco

- ¿Acaso no es lo que querías? ¿Que me defendiera y mostrara un poco de orgullo?
- Sí, pero fue excesivo
- Contigo siempre es imposible acertar.
- Lo que quiero es que seas normal. Que te integres. Que tengas amigos y seas feliz
- ¿Ser feliz implica hacer lo que ellos hacen? ¿Eso es la felicidad? ¿Ser como los demás? ¿Entrar en su juego? ¿Acaso quieres que sea como los que me pegan para demostrar algo? ¿Como las chicas que disfrutaban con aquellos que se ensañan para congraciarse con ellas? ¿Tiene valor ser amigo de gente así? ¿O que gustes a una chica que se fija sólo en las apariencias? Casi prefiero ser infeliz
- No sabes lo que dices. Sólo eres un chiquillo.
- Y tú solo necesitas agradar a todo el mundo, cuando eso es imposible y solo te lleva a perder y hacer daño a los que realmente pueden valer la pena.

Ella se quedó en silencio, sin saber que decir. Empezó a llorar. Él instintivamente la abrazó y le pidió perdón. No dejaba de ser su única amiga y no quería hacerla daño o quizás, no podía permitirse el lujo de perderla.

Parte III

El avión

Un prototipo de Mig 1.42 sobrevuela la zona. Los rusos, años atrás han desarrollado un sistema de plasma que ioniza el aire que roza el fuselaje del avión y haciendo que absorba las ondas de radar, convirtiéndolo en invisible. El primer ejemplo de esta propiedad, se dio con el Sputnik, enviado al espacio y muchas veces indetectable al generarse sólo ese plasma gracias a los rayos solares que se reflejaban en él.

Sorprendentemente, los americanos abandonaron los proyectos de aviones invisibles, al ver que su cacareado F-117 fue derribado por los Serbios gracias a un viejísimo radar ruso y un cohete casi tan viejo. Hicieron un avión que fuera más difícil de ser detectado para el radar como el F-22, pero sin perder mucho potencial como los bombarderos invisibles, muy caros y detectables a pesar de todo.

Pero los rusos parecían haberlo conseguido, usando un dispositivo de unos 100 Kg que podían acoplar a aviones y tanques. Esta era la gran prueba. Un piloto voluntario, aceptó la temeridad de sobrevolar territorio de otro país para hacer la prueba de fuego. Si era derribado ya tenían mil excusas. Pero si no lo detectaban, Rusia tendría otra vez una supremacía militar que le permitiría controlar Asia y Europa sin muchos problemas.

Pero el alto mando del ejército Ruso no cree en los duendes...

El piloto vuela, es un día precioso en los cielos de la vieja Europa. Bajo sus pies, largos bosques, montañas, carreteras y granjas. Tiempo atrás, sus compatriotas devoraron esas ciudades, se bebieron los ríos mientras avanzaban inexorablemente hacia Berlín. Y a pesar de su inmenso sacrificio y sufrimiento, de la crueldad de sus oficiales y el terror a los comisarios, se sentían un pueblo grande, vencedor del nazismo, habiendo creado un imperio a partir del barro y la sangre.

En aquella guerra se hicieron patentes los más interesantes reflejos sociológicos, como que las soldados soviéticas, disfrutaran viendo como violaban a las húngaras o alemanas (en torno a dos millones de violaciones, así a lo tonto). O cómo las madres de las niñas, le decían a los rusos, dónde estaban escondidas las niñas de otras familias para proteger a las suyas. Toda una orgía de locura, venganza y sed de sangre. Un reflejo de las espantosas formas que tiene el hombre para mostrar su dominio hacia quien antes le humillara indirectamente.

La humillación por la caída de la URSS estaba presente en el corazón de cada ruso. Teniendo las mejores universidades, científicos, ingenieros, habiendo mandado al primer hombre al espacio, tenían que estar siempre subyugados al poder del capital y la soberbia de los Americanos.

Hoy es un hermoso día para Rusia, un hermoso día para volar, un hermoso día para morir... porque de repente, algo falla en la cabina. En la radio, escucha risas maliciosas, de voces que no parecen humanas. Del bosque parecen surgir rayos que golpean el fuselaje. El avión que hasta entonces había sobrevolado impunemente los cielos de Europa comienza a arder.

Ante el piloto se presenta un dilema. Si salta, será interrogado por los servicios secretos del país y lo más seguro es que obtengan información valiosa con la que desacreditar a Rusia. Si muere, su gobierno podrá alegar que es un desertor. Su apellido, su mujer y sus tres hijos serán mancillados por el oprobio de un traidor al país.

El hombre que cultivaba la tierra y criaba animales al lado de la base militar para tener con qué alimentar a su familia. Que pudo irse a otro país a trabajar como mercenario, siendo un prestigioso piloto y que se negó a abandonar la defensa de su patria, a pesar de que ésta le había olvidado.

Todo un trasfondo político en esta situación...

Recientemente Rusia ha invadido Georgia al ser asesinados varios de sus soldados por esta nación. Lo que inicialmente se vendió en la prensa occidental como una simple demostración de fuerza de

Rusia sobre las antiguas naciones satélite, para que la UE y América, dejen de hacer negocios en la zona, resultó algo infinitamente más complejo.

Georgia tiene en su gobierno a asesores Americanos y de Israel. Sus bases se preparan desde hace tiempo para poder aterrizar en ellas aviones Israelíes que pudieran atacar por sorpresa a Irán. Es inconcebible que una nación pequeña como Georgia, ataque una zona protegida por cascos azules rusos, sin tener a alguien poderoso detrás.

Tras cinco días de intensos bombardeos sobre la capital de Osetia del Sur, matando a civiles y militares sin piedad, los Rusos reaccionaron con un importante despliegue. El estúpido gobierno georgiano, pensó que los Rusos lloriquearían en la ONU y no reaccionarían o que EEUU e Israel les darían apoyo, como posiblemente les hicieron creer. Pero nada más lejos de la verdad.

Rusia ataca y lo hace con contundencia, haciendo honor a su fama, destruyen, saquean y matan sin piedad. Le muestran a occidente que no tienen miedo y que no van a tolerar sus maniobras en la zona. Algunos analistas americanos opinan que Rusia nos ha salvado de la tercera guerra mundial evitando que Israel ataque a Irán por sorpresa.

Ya se lo predijo un templario de los montes de León, a un peregrino gilipollas y descreído que avanzaba sin saber qué hacer con su vida.

Ahora, la situación está tensa por el cambio que deberá hacerse en el oleoducto si Europa quiere recibir combustible sin pagar peaje a Rusia. Israel puede hacer de las suyas, la UE puede presionar a Rusia de mil modos y EEUU nunca ha dejado de estar bien armada.

Este avión puede marcar la diferencia y su tecnología también. Al igual que el torpedo supercavitante, imposible de esquivar y que los americanos ya han intentado robar. Dos tecnologías que darían la supremacía en el mar y en el aire.

Con semejante ventaja, la política sería fácil y los intereses económicos, triviales de defender.

Ahora el piloto piensa en su familia. En cómo conoció a su mujer. No era la más guapa del grupo que conoció, pero al menos no era la típica que estaba acostumbrada a hablar sin parar. No se creía el centro del mundo, no actuaba sin pensar en las consecuencias de sus palabras o de sus actos. No tenía el vicio de casi todas las mujeres guapas, consentidas por sus encantos, engañadas hasta la saciedad por ofrecer el fruto de su juventud.

No, esta chica callaba y escuchaba mucho. Mostraba interés en lo que le decían y opinaba cuando realmente tenía algo que decir. Hacía honor al tópico de que las mujeres que están vacías, no pueden parar de hablar. En sus ojos se reflejaba un mundo, un anhelo por conocer, por entender a los demás y sobre todo de amar y dar.

No hacía como muchos chicos y chicas, obsesionados en complacer al otro y al poco tiempo, reflejando como realmente son. En ella, todo era natural. Siempre se desvivía por ayudar a los demás, hacía sacrificios y no estaba todo el día pensando en lo que los demás hacían o deberían hacer según sus cánones de lo que es una pareja o una amistad.

Discutía, pero lo hacía por diversión, porque el amor es un combate, pero no por permanente insatisfacción de caprichos o fantasías imposibles. Estaba con ese hombre porque quería y simplemente se intentaba hacer entender, cuando algo era racionalmente necesario a lo que su hombre, aunque discutía, solía ceder.

Se amaban con locura, con deseo, se miraban y conquistaban cada día. Daban poca importancia a regalos o detalles, aunque ambos procuraran no descuidar esas cosas. Sabían, que el amor estaba por encima de otras cosas.

A ella tampoco le importaba si él era el mejor piloto. Eso no le hacía más atractivo ante los ojos de ella, sólo que quisiera a sus hijos, que se desviviera por su familia y que la amara apasionadamente. No podía evitar, eso sí, sentirse orgullosa cuando alguien le comentaba las proezas de su marido, pero no era algo de lo que necesitara presumir.

Por eso eran felices, porque su vida tenía pocas mentiras, pocos anhelos de cuentos de hadas. Simplemente dos personas que se querían y respetaban. Y ante todo, se sacrificaban.

Ella sufría sabiendo que él era piloto, pero entendía su pasión, tanto, que nunca reflejaba su turbación, sabiendo que él quizás lo dejaría por ella. Quería que él fuera feliz, porque sólo así, los dos serían felices. Y sabía, que no sólo su familia podía darle esa felicidad. Su vida era algo más, aunque su familia fuera su vida.

El piloto visualiza el pasado, a su mujer, a quien veía sonriéndole cada mañana al despertarse. La dulce sensación que tenía al llegar a casa tras una dura misión, al ver a su esposa dormida, que se giraba al sentirle, para darle un abrazo y un tierno beso. Las salidas con sus tres hijos para ir a pescar. Las estepas que recorren a pie, los bosques y lagos de su hermosa Rusia.

Paz, paz, paz, es todo cuánto le rodeaba, cuánto necesitaba. Una familia maravillosa, una vida maravillosa.

Cierra los ojos para poder visualizar todo, mientras su avión acelera y rompe la barrera del sonido. Abre los ojos en el instante mismo del impacto a máxima velocidad, no dejando ni una pieza digna de análisis en un bosque de Europa.

Parte IV

La orgía

En la mente del muchacho seguía bullendo lo que le habían dicho los duendes. Hacía tiempo ya, que el deseo le poseía y siempre amó platónicamente al hada. Quizás por ser esa criatura intangible y misteriosa, de fascinantes y misteriosos ojos. Era un gusano para las demás mujeres y lo sabía. Esta podía ser su única oportunidad. Su amiga sencillamente le necesitaba. No creía que estuviera con él con todos los reproches que le hacía si fuera de otra forma.

El día de San Juan había llegado y decidió aventurarse en el bosque en busca de sentirse vivo.

Angostos eran sus inmensos y viejos árboles. Percibió el aroma de los musgos y helechos, escuchó el sumir del viento y se sintió feliz antes de su misión.

Cerró los ojos y notó como levitaba entre el viento y las hojas, alcanzando el éxtasis. Pero el viento dejó de sonar y escuchó la melodía de órgano que le era familiar. El Rey había aparecido...

Caminó hacia él con miedo en los ojos. Le sorprendió esa mirada en un hombre tan feroz.

- No lo hagas

- ¿Por qué?

- Es una trampa

- ¿Coger una estúpida planta lo es? A cambio serviré a los únicos que me han hecho compañía estos duros años. Que siempre me han tratado como un igual.

- No te mientas a tí mismo. Lo haces por lujuria

- ¿Y qué si lo hago? ¿Acaso no lo hiciste tú?

- No, lo mío fue por amor

- Qué casualidad, que la dama fuera la más hermosa del reino

- Amor y deseo se confunden y muchas veces no pueden vivir el uno sin el otro

- Si algo me enseñaste, es que uno ha de pelear por aquello que desea sin importarle las consecuencias

- Intenté transmitirte algo más que eso, pero adelante

El rey se diluyó en las brumas del bosque y el muchacho avanzó hacia el campamento de los duendes con furia.

Llegó al campamento. Los duendes no parecieron sorprendidos, pero le sonrieron. También lo hizo la muchacha. Todo era bastante sospechoso, pero él estaba ciego y no quiso darle importancia. El anciano duende habló.

- Te hemos pedido que vayas a por la planta, ya que nosotros no podemos. Está protegida por un dragón y este puede olerlos. Pero en cambio, a ti no. Por eso te necesitamos.

- ¿Y para qué queréis la planta? - el duende hizo un gesto de pesar. Le molestaba que le preguntara eso.

- Ayudará a que nuestra raza no se extinga

- ¿Cómo?

- No necesitas saber más.

El muchacho acató. Se había acostumbrado a esa sumisión ante el anciano duende. Es más, sus preguntas de hoy habían sido impertinentes y lo sabía.

- Ve a por la planta - dijo el anciano duende para quedarse en absoluto silencio observando el chisporrotear del fuego.

El muchacho se adentró en el bosque, ascendió un pequeño monte, para llegar a una pila de rocas, como le habían indicado. Recitó el conjuro aprendido y las rocas se abrieron en absoluto silencio.

Penetró en la caverna, con temor. A pesar de que los duendes le dijeran que no había peligro. Llegó a una gran bóveda, iluminada por piedras preciosas, que emitían luces de diversos colores.

El dragón parecía estar durmiendo. Noble era su cabeza, impresionantes sus colmillos y hocico. Sus escamas eran negras como la pizarra, pero brillaban como el mármol. El muchacho no pudo evitar conmoverse al ver tan inmensa y noble bestia ante sus ojos. Y olvidó el miedo ante semejante creación divina.

Lejos del dragón, pudo ver la planta, en lo alto de una roca. Brillaba con luz propia y se acercó a arrancarla. El dragón no pareció inmutarse cuando el muchacho lo consiguió y se fué sigilosamente hacia la salida.

Volvió al campamento, con mirada triunfal. En los ojos de los duendes, había alegría y una mal disimulada avidez. Pareciera que llevaran mucho tiempo esperando el momento. El muchacho no podía aguantar la espera de su premio. La hermosa hada, de intensos ojos azules, larga melena negra y de eterna juventud.

Le condujeron ante ella en silencio. Al llegar, esta le esperaba en un lecho preparado con las más tiernas plantas del bosque. Alrededor, se prendían cientos de antorchas y los duendes entonaban cánticos. A él ya no parecía importarle nada. Estaba ciego de deseo, enloquecido por la belleza del hada, por el crepitar de las llamas y el hechizo de los cánticos.

La poseyó salvajemente, como un animal, mientras los ojos de ella brillaban de éxtasis, completamente hechizada por el rito macabro que en ese momento se sucedía sin que él lo supiera.

Terminado el acto, los cánticos cesaron y la muchacha empezó a brillar con fuerza. Por todos los orificios de su cuerpo salían chorros de luz y el bastón del anciano duende, cambió de color, envuelto en las hojas de la planta.

El hada se fue convirtiendo en luz, que era absorbida por el bastón. El muchacho contempló con horror como se diluía en sus brazos y gritó con desesperación. Los duendes no se inmutaron.

- ¡¿Qué ha ocurrido?! - exclamó desesperadamente
- Que ha sido sacrificada - explicó el anciano duende impasible
- ¿Con qué objeto?
- Con el de absorber todo el poder de la planta gracias a un antiquísimo rito.
- ¿Y ella por qué se prestó? - dijo él sin poder comprender nada
- Porque te amaba y quiso ser por una vez mortal. Y porque le dijimos que gracias al rito, nada pasaría. Ahora vete, ya no te necesitamos - en la mirada de todos los duendes, ya no había amistad, solo hostilidad. El muchacho corrió, temiendo por su vida. El Rey había tenido razón, una muchacha y quizás muchos más, pagarían caro ese error.

Parte V

Familia

Los años han pasado. El muchacho se casó con su amiga. Han formado una familia y todo parece transcurrir con normalidad. Él abandonó el bosque, el pasado y todos sus horrores. Sigue atormentándose y para ello ha dedicado su vida, obsesivamente a ser uno más. A trabajar sin descanso, a criar unos hijos complicados, consintiéndoles todo. Pasó años estudiando compulsivamente, tratando de ser el mejor, de hacer que su amiga se sintiera orgullosa. Consiguió un buen empleo, por su enorme capacidad de sacrificio por la empresa y su dedicación. Todos hablan de él con admiración o envidia, pero es un hombre distante, a pesar de que cuida las formas y procura ser encantador con todo el mundo.

Pero su familia no funciona. Constantemente oye quejas de su mujer, por los problemas que tiene con los hijos. Su hija ahora es la típica zorra de instituto, su hijo, algo menor, un triste gilipollas marginado que solo juega a la consola.

Lo contempla con tristeza, pero nada hace. Sencillamente trabaja más y más, intentando no ver nada, no enfrentarse a ello. A veces piensa que no quiere a su familia, que nunca la quiso. Que es algo impuesto por exigencias sociales. No olvida al hada, ni al majestuoso dragón y se pregunta qué demonios está haciendo con su vida.

Se levanta cada día para ir a un trabajo bien remunerado, dónde todos los que le rodean únicamente piensan en dinero y ascensos. Sus vidas son parecidas y sus rostros avinagrados. Tanto aquellos que han logrado formar una familia, como los que no, parecieran haber fracasado a pesar de su éxito laboral. Todo son quejas, horas extra y aguantar en busca de una posición “mejor”.

Nadie hace nada por cambiar su vida. Todos se creen atrapados por sus hipotecas, y demás presiones. Y por ello, en esencia todos son mediocres.

Sin dejar de mencionar a sus maravillosas amistades, de las que sólo podía esperar compañía para alguna cerveza o cena. Con casi nadie se podía contar ni para lo más trivial. La gente siempre estaba “muy ocupada” y a pesar de oír mil veces lo de “cuenta conmigo para lo que sea”, luego esas frases se ahogaban en un cúmulo de realidades y despropósitos en los que triunfaba el egoísmo, la apatía y la hipocresía más extremas.

Vuelve a casa para recibir el mismo frío beso de su mujer, permanentemente insatisfecha, contemplar como su hija nunca está y su hijo, apenas aparta la mirada de la pantalla, cuando su padre llega. Se encierra en su cuarto y se pone a leer cualquier cosa. Encuentra unos viejos cuentos de Oscar Wilde que comienza a leer en un raro impulso. Son de cuando era crío. Están llenos de hermosos dibujos. Todas las historias son de enorme tristeza. Muestran el sacrificio en nombre del amor, la piedad y la generosidad. Oscar Wilde sacrificó todo por un amante desagradecido y caprichoso, en el que convergían los peores defectos de los hombres y las mujeres. Y Wilde terminó en la cárcel, en dónde escribió su conmovedora Balada, describiendo con genial detalle, cada sentimiento de amor y dolor.

Y ahora mientras lo leía, recordó su infancia, su inocencia, su mundo de fantasía en el bosque dónde escapaba de la realidad cruel y monótona. Recordó su primer y único amor. En cómo al intentar enmendar un error, lo que hizo es arruinar cada vez más su vida al dejar que otros dijeran lo que tenía que hacer. Y rompió a llorar desconsoladamente...

De repente, sintió que debía mirar por la ventana. Pudo ver un brillante objeto metálico que ardía en el cielo y cómo surgían rayos desde el bosque. Supo inmediatamente que los duendes habían hecho algo terrible. Lo que parecía un avión en vez de intentar recobrar altura, pareció acelerar hasta extinguirse su estela con estrépito en el bosque produciendo una espectacular humareda.

Se dirigió corriendo al bosque, sin importarle que no sería bien recibido. Los duendes no habían previsto que el piloto se intentaría estrellar en el bosque, provocando que las autoridades invadirían su territorio obligándoles a esconderse.

Por tercera vez y tras muchos años, escuchó la música del órgano y le rodearon paredes de catedral, que aparecieron espontáneamente a su alrededor. Tocaba rendir cuentas. Apareció el Rey junto a su Reina. Y se quedaron mirándole en silencio, esperando a que fuera él el primero en hablar.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Los duendes han derribado un avión ruso para provocar un conflicto internacional.

- ¿Y por qué invadió ese avión nuestro territorio?

- Para probar una nueva tecnología y tener superioridad en caso de guerra.

- ¿Guerra?

- ¿No te has enterado? Hace poco Rusia invadió Georgia y los Americanos e Israelíes movilizaron tropas.

- ¿Por qué?

- Por petróleo, control de la zona, el oleoducto y una posible invasión a Irán.

- ¿Y qué buscan los duendes?

- Que los humanos se exterminen para recuperar su antiguo poder, arrebatado con el sacrificio de miles de valerosos caballeros.

- ¿Qué puedo hacer para ayudar?

- Primero, queremos que conozcas a alguien.

Entre las brumas que rodeaban a los espíritus, apareció un nuevo personaje. Llevaba el uniforme de un piloto. Supo de golpe quien era y sintió un escalofrío al saber que era el indirecto responsable de su muerte. Pero no había odio en sus ojos, más bien tristeza.

Sólo pudo decir, con un conmovido tartamudeo...

- Lo siento. Todo esto no habría pasado si yo hubiera escuchado al Rey.

- No te culpes, eras un crío, cegado por su propio dolor y necesidades. Obviamente, hiciste mal y tienes que compensarlo

- ¿Qué quieres que haga?

El rey rompió su silencio y dijo con su tenebrosa voz...

- Tienes que matar al dragón y ayudar a la familia del piloto

- ¿Por qué matar al dragón? ¿Y qué le ocurre a su familia?

- El dragón posee la clave para vencer a los duendes y está en beber su sangre - dijo el Rey

- Mi familia, ha caído en desgracia a consecuencia de la traición que me achacará mi gobierno por supuesta desertión - dijo el piloto

- ¿Desertión?

- Para evitar todo conocimiento, alegarán que huí con el avión. Sólo así evitarán un conflicto mayor.

- Entiendo. ¿Y cómo mataré al dragón?

En las manos del rey apareció una inmensa espada, de filo aserrado y hermosa empuñadura de marfil y piedras preciosas. El filo estaba manchado con sangre fresca, que constantemente goteaba. No pudo evitar sentir horror al verla

- ¿Por qué gotea sangre? - preguntó al Rey

- Porque está maldita, como lo estoy yo, por los cientos de cabezas que corté cuando presencié pillajes o violaciones.

- Pensé que fuiste un rey despiadado

- No con los débiles. Maté a soldados, a mercenarios, a Nobles que oprimían al pueblo. La mayor parte de los siervos me recibieron con los brazos abiertos y olvidaron rápidamente a sus amos. Pero si mis hombres me traicionaban o violaban la ley, les mataba yo mismo para dar ejemplo.

- ¿Dar ejemplo? ¿Por qué matarlos uno mismo?

- Porque así veían que no me temblaba el pulso y mi condena era más significativa. Además, los hombres valoran a quien exige lo que es capaz de hacer por sí mismo sin ninguna vergüenza.

- ¿No sientes vergüenza de haber matado a tanta gente?

- Tienes que entender que eran otros tiempos. Que la guerra y la nobleza, existían necesariamente juntas. Que no hay diferencia entre eso y las guerras comerciales actuales que matan de hambre a millones. Y no olvides que son por las mismas razones. Poder y el éxito sexual que eso conlleva. Así de simples y vulgares somos las personas. Y yo, al igual que tú, era un pobre chico soñador, al que la vida le había hecho ser distinto y castigado por ello. Y decidí adaptarme a esa realidad, sin escrúpulos morales de por medio.

- Pareciera que no tengas nada de lo que avergonzarte.

- ¡Sí que lo tengo! Es la razón por la que esa espada sangra eternamente.

- ¿De qué?

- Nada justifica matar a otro ser humano. Se puede optar por una vida sencilla, por amar a otra persona distinta y tomar un camino más difícil, pero noble para conseguir esos objetivos. Yo tomé el camino fácil, aunque pocos hubieran llegado tan lejos como yo.

- Eso es un poco contradictorio.

- Sí lo es. Requiere talento y esfuerzo ser buen soldado, ser buen mentiroso. Pero no se puede comparar con decir siempre la verdad y evitar la violencia cuando otros la aplican. Es ahí dónde radica la grandeza de muy pocos hombres.

- Casi nadie usa la violencia.

- No porque no quieran, sino porque no pueden y tienen miedo. Dale poder absoluto a alguien y verás en cuántos prevalecen los sentimientos de paz y amor, detrás de los cuáles se escondían.

No había nada más por lo que discutir. Le explicaron cómo matar al dragón y que lo más probable es que no se despertara hasta que fuera demasiado tarde. Él no quería matar a tan noble bestia, pero le explicaron que no había más remedio. Que era la única forma de remediar el daño hecho años atrás. Comprendió que debía expiar su pecado, aunque fuera a costa de hacer algo que no era correcto nuevamente. Le hacía sentirse podrido por dentro, compensar una mala acción con otra. Pero consideraba tener las manos atadas.

Parte VI

La espada que siempre sangra

Avanzó con su épica espada por los bosques hasta lo alto del monte. Atrás iba dejando un desagradable reguero de sangre. Abrió la puerta mágica formada por rocas y penetró en la caverna, como hiciera años atrás. No se veía asesinando a ninguna criatura. No era más que un chupatintas que en su día fue un niño que entraba en sintonía con el bosque y sus misterios. Pero la culpa le acuciaba y al tener el arma en sus manos, se vio impregnado de la sed de sangre que antaño tuviera el rey. Era cierto que la espada estaba maldita y sintió su posesión.

El dragón seguía durmiendo, aunque le recordaba en otro sitio u otra posición. Desconfió, pero se acercó inducido por el valor que le daba la espada. Al estar a la altura del corazón, contempló por última vez a su admirada bestia. Que nada le había hecho y que pagaría por sus errores con su vida.

Alzó la espada, temblándole los brazos y dudando. La espada le empujaba a matar, pero él no quería. Instintivamente miró a los ojos del dragón por última vez. Contempló con un sobresalto que le estaba mirando. Sus ojos se abrieron con horror, mientras los del dragón no parecían reflejar ninguna ira, sino solo le observaban y esperaban el desenlace final.

Se resistió a matar a la bestia. No entendía por qué no se defendía. Quizás percibía las razones de él y estaba lleno de sabiduría. Si ofrecía así su vida, le parecía una idea horrible matar al dragón. Pero la espada le iba poseyendo de sed de sangre y se sentía atraída por su corazón. El joven clavó con furia la espada, desesperado y rompiendo a llorar al haberse resistido.

Sediento, bebió de la sangre que brotaba del corazón que a su vez brillaba de forma deslumbrante en la espada, mientras el dragón gemía estruendosamente emitiendo fuego por la boca y la nariz.

Al beber la sangre, su culpa se extinguió y sintió en su pecho una fuerza increíble. Ya nada parecía poder detenerle.

Avanzó en dirección al campamento duende dispuesto a todo. La espada, la sangre del dragón y el espíritu del Rey, parecían poseer todo su ser. Pero su brillo alertó a los duendes, que ahora eran mucho más numerosos y le recibieron con flechas, lanzas y extraños artilugios de fuego.

Su valor se fue extinguiendo al oír los agudos e inhumanos gritos de los duendes. Los proyectiles le llovieron por doquier y salió corriendo. De cada piedra y árbol surgieron duendes que salieron para cazarle. La desesperación le iba ahogando al ver que se acercaba su fin. Corría por el oscuro bosque bajo la luz de la luna, escuchando a sus espaldas miles de gritos crueles que estaban cada vez más cerca.

Optó por esconderse en la grieta de un árbol, pero los duendes no tenían más que seguir el rastro de sangre de la espada que ahora se había vuelto brillante al ser la del dragón. Se preguntó si no le habrían tendido una trampa, al quitarle toda opción de huida mientras la llevara consigo. Porque ahora, se veía incapaz de soltarla. Estaba dominado por ella.

Escuchó los lentos pasos de los duendes que se aproximaban a la grieta. Su corazón latía con violencia, como si le fuera a explotar. Su fin se acercaba. Al igual que el piloto, no pudo evitar visualizar su vida en un instante. Pero en su caso, se arrepentía, se arrepentía de todo. De que su mediocridad le hubiera hecho coger un trabajo con futuro pero carente de interés, de crear una familia a la que abandonó y de no poder ayudar a su vez, a la familia del piloto de cuya desgracia era cómplice.

La ira hacia sí mismo fue acrecentándose, pensando en toda su responsabilidad incumplida. En todos sus errores. En los hijos, a los que en el fondo quería y la mujer a la que había hecho infeliz. Aunque ella también, tuviera buena parte de culpa. Pero ellos no y tenía que remediarlo. No rendirse, no rendirse jamás. Se lo debía a sí mismo y a los suyos.

Salió del árbol. La espada brilló más que nunca, cegando a los duendes a los que fue degollando y atravesando sin misericordia como un experto paladín, rodeado de luz y pureza.

Fueron decenas los muertos, los demás huyeron. Corrió hacia el campamento pleno de fuerzas y sed de combate, encontrando al anciano duende que le quiso detener con su poderoso bastón. Le disparó un rayo, que paró él con la espada, absorbiéndolo con dificultad. Pero parecía haberse alimentado de la sangre de sus víctimas y su vez del rayo del anciano duende, por lo que su fuerza aumentó y se lanzó sobre él atravesándolo mientras este emitía un horrible alarido. Sin dudar, partió el bastón, cuya magia se dispersó por el bosque, haciendo que surgieran miles de hermosas flores por doquier. Era el espíritu de la inocente hada, el que alimentó esas flores.

Consciente de ello, el paladín se arrodilló humildemente, soltando por fin la espada, de cuya influencia se libró al clavarla y llorando con la cabeza inclinada.

Parte VII

Epílogo

Bolvio a su hogar, renacido. Comenzó a hablar más con su mujer y sus hijos. Percibió cuánto sufrían por su indiferencia.

Su hija se entregaba incesantemente a cualquier chico, para intentar compensar esa falta de amor. Necesitaba sentirse deseada, gustar, pensar que era bella. No se valoraba y los demás se aprovechaban de ello. No lo hacía por placer o deseo, sino simplemente porque necesitaba de alguna forma llamar la atención de su padre, o ahogar en sexo, la falta de cariño.

Su hijo, era un caso distinto. Se creó un mundo de fantasía en torno a sus juegos y sus libros. Incluso puso una foto de una chica desconocida en su cartera y en su pantalla, para que todo el mundo pensara que tenía novia, cuando en realidad, estaba increíblemente sólo.

Su padre pasó mucho más tiempo con él, ayudándole a trivializar el mundo que le rodeaba. A que no pensara que las mujeres son seres tan misteriosos, intangibles y distantes. Y que tienen los mismos miedos y necesidades, aunque intenten ocultarlo en soberbia y crueldad.

Con su mujer fue distinto. Se opuso abiertamente a que fuera a rescatar a la familia del piloto y él por primera vez se impuso y no le hizo ningún caso. Obedeció a su conciencia, como le intentó explicar. No le contó la historia del bosque porque no le creería, pero sí le contó que era su deber moral por un amigo al que perjudicó. A ella no le parecieron motivos y no cedía. Él tampoco cedió y fue a Rusia a ayudar a la madre y los tres hijos, para intentar traerlos su país o darles los suficientes medios para que pudieran vivir bien donde quisieran. Ella, aunque furiosa, percibió a un nuevo hombre, mucho más decidido y amante de su familia. Y se enamoró de él, como nunca antes había hecho. Pero ya le había perdido. Él continuó con ella, por no perjudicar más a sus hijos y trató de hacerla feliz, pero nunca llegó amarla. Aún así, fueron felices, pues en esencia, todos se querían.